

EL PASAJE DEL «HOMBRE VIEJO» AL «HOMBRE NUEVO» SEGÚN SAN PABLO

Guillermo Bruno Colautti

Doutor em Teologia dogmática pela Pontificia Università Gregoriana de Roma. Professor de teologia dogmática e Diretor do Centro de Estudos Filosófico-Teológicos Redemptoris Mater de Brasília. E-mail: gcolautti@me.com

Resumo: Descreve-se, mediante uma análise exegetica do epistolário paulino, qual é a visão de São Paulo a respeito da transformação interior do homem. Transformação que, inaugurada e possibilitada pelo evento Cristo, concretiza-se em cada ser humano pela decisão livre da adesão ao batismo e, por ele, à Igreja. Em tal processo, mostra-se imprescindível a figura e ação do Espírito Santo que realiza, em conjunto com a resposta de fé do cristão, a transformação do homem velho ao homem novo.

Palavras-chave: Homem velho. Homem novo. São Paulo. Espírito Santo. Batismo.

Abstract: It is described, through an exegetical analysis of the Pauline epistolary, which is the vision of Saint Paul regarding the inner transformation of man. Transformation that, inaugurated and made possible by the Christ event, takes shape in every human being through the free decision to adhere to baptism and to the Church. In such a process, the figure and action of the Holy Spirit is essential, which, together with the Christian's faith response, transforms the old man into the new man.

Keywords: Old man. New man. Saint. Paul. Holy Spirit. Baptism.

Resumen: Se describe, por medio de un análisis exegetico del epistolario paulino, cual es la visión de San Pablo con respecto a la transformación interior del hombre. Transformación que inaugurada y possibilitada por el evento Cristo, se concretiza en cada ser humano por la decisión libre de adhesión al bautismo y por él a la Iglesia.

En ese proceso, se muestra indispensable la figura y la acción del Espíritu Santo que realiza, en conjunto con la respuesta de fe del cristiano, la transformación del hombre viejo al hombre nuevo.

Palabras clave: Hombre viejo. Hombre nuevo. San Pablo, Espíritu Santo. Bautismo.

Sommario: Viene descritta, attraverso un'analisi esegetica dell'epistolare paolino, qual è la visione di San Paolo riguardo alla trasformazione interiore dell'uomo. Trasformazione che, inaugurata e resa possibile dall'avvenimento di Cristo, si concretizza in ogni essere umano attraverso la libera decisione di aderire al Battesimo e alla Chiesa. In tale processo è essenziale la figura e l'azione dello Spirito Santo, che, insieme alla risposta di fede del cristiano, trasforma l'uomo vecchio in uomo nuovo.

Parole chiave: Uomo vecchio. Uomo nuovo. San Paolo. Spirito Santo. Battesimo.

Résumé: Il est décrit, à travers une analyse exégétique de l'épistolaire paulinien, quelle est la vision de Saint Paul concernant la transformation intérieure de l'homme. Transformation qui, inaugurée et rendue possible par l'événement du Christ, prend forme dans chaque être humain par la libre décision d'adhérer au baptême et, par lui, à l'Église. Dans un tel processus, la figure et l'action du Saint-Esprit sont essentielles, qui, avec la réponse de foi du chrétien, transforme le vieil homme en homme nouveau.

Mots-clés: Vieil homme. Homme nouveau. Saint Paul. Saint-Esprit. Baptême.

INTRODUCCIÓN

Nuestra atención ha de centrarse en el análisis y la exposición de un argumento de la doctrina paulina, como categoría bíblico-teológica que responda, en modo sintético y englobante, a aquella pregunta de fondo sobre la novedad de vida que en la Iglesia se hace posible para el hombre: El pasaje del «hombre viejo» al «hombre nuevo».

He aquí el centro de nuestra exposición: El Padre, en Cristo ha abierto para el hombre la posibilidad de acceso a una novedad de vida, trámite la Iglesia, mediante el bautismo, por obra del Espíritu Santo. Exposición que se articulará en tres partes íntimamente relacionadas entre sí y que gradualmente profundizarán la temática de fondo. Así en un primer momento presentaremos el «Evento Cristo» como posibilidad del pasaje del «hombre viejo» al «hombre nuevo», dando un lugar relevante al rol sacramental del bautismo, para luego, en nuestra sección principal, adentrarnos en las características fundamentales de este tránsito a la vida nueva. Por último analizaremos dos nociones claves para la comprensión de esta doctrina paulina: el rol del Espíritu Santo y la dimensión eclesial de la vida nueva en Cristo. La presentación se apoyará sobre los textos mismos del epistolario paulino, no nos detendremos en un análisis exegético detallado, si no que fijaremos nuestra atención en la teología bíblica que de ellos se desprende.

EL EVENTO CRISTO COMO POSIBILIDAD DEL PASAJE DEL «HOMBRE VIEJO» AL «HOMBRE NUEVO»

1 TRAZOS DE ANTROPOLOGÍA PAULINA

Dios que en su infinita misericordia ha querido donar la salvación a todos los hombres ha establecido ya desde el inicio del tiempo llevar a cabo este designio por medio de su Hijo Jesucristo¹. El «evento Cristo», se constituye de esta manera centro de toda la historia de salvación y por lo

¹ Cf. Ef 1,3-14

tanto de toda la reflexión teológica.

Cristo por medio de la encarnación y del misterio pascual ha abierto un camino de posibilidad al hombre, para que éste, liberado de la esclavitud de la muerte y del pecado, pueda llegar a la plenitud de su condición de criatura de Dios llamada a ser su Hijo.

San Pablo, en sus cartas, parte de la constatación de esta realidad de esclavitud en la cual se encuentra el hombre antes de Cristo y privado de Cristo para luego proponer la novedad de vida que, en Cristo, el hombre está llamado a concretar en su existencia².

El primer paso en nuestro intento de exponer este cambio que se realiza en el hombre consistirá, consiguientemente, en una breve mención de los rasgos fundamentales de la visión paulina del hombre.

Es importante tener presente que los escritos paulinos no son tratados de teología, sino respuestas a situaciones concretas. Por lo tanto, buscar en ellos una doctrina sistemáticamente expuesta se presenta como un intento vano y sin sentido³. Consecuentemente, para penetrar en la concepción antropológica de Pablo es necesario partir de las diversas expresiones con las cuales él designa la realidad concreta del hombre. En este sentido debemos tener presente que la reflexión de Pablo no se centraliza en el aspecto ontológico, sino que su visión del hombre es fundamentalmente de tipo existencial. La intención primordial es la de explicar a los oyentes y a los lectores la salvación realizada en Cristo. Sólo en función de esta finalidad Pablo mencionará los diversos aspectos de la situación real del género humano.

En primer lugar, debemos analizar el binomio «hombre de la carne-hombre del espíritu» que Pablo contrapone en forma de binomio antagónico⁴.

² Muchas son las citas en las cuales podemos constatar esta contraposición entre la situación del hombre ajeno a la obra redentora de Cristo y aquél que ya posee las arras del Espíritu por medio del bautismo. Basta mencionar como ejemplo paradigmático los capítulos 7-8 de la carta a los Romanos o la perícopa de Gal 5, 16-25. Lo fundamental es no perder de vista que, para la comprensión del misterio del hombre y de la obra salvífica de Cristo, el único punto de partida de la teología paulina es el pecado original. Cf. Rm 5,12.

³ Cf. Introducción a las Epístolas de San Pablo. In: *Biblia de Jerusalén*.

⁴ Cf. 1 Cor 3,1; Rm 1,9ss; Rm 7,5ss.

En la literatura paulina el término σάρξ (sárx) se presenta con una gran variedad de significados, que deben ser deducidos del contexto de cada uno de los extractos en los cuales el término se encuentra⁵. Lo que a nosotros interesa es el uso específico que Pablo hace de este término. Pablo se sirve de él en principio para indicar un determinado modo de vivir y de un modo más específico para designar la «potencia o el principio al cual el hombre está sometido y consecuentemente, imposibilitado de oponerle una efectiva resistencia; esta potencia es por naturaleza enemiga de todo aquello que pertenece al mundo de Dios»⁶. A la luz de estos significados, surge clara la estrecha relación que se establece entre el término carne y aquellos que se presentan como su inmediata consecuencia, o sea el pecado y en última instancia la muerte. En este sentido, el hombre carnal es aquél que se encuentra abandonado a sí mismo, vendido al poder del pecado, dominado en su naturaleza por esta potencia hostil a Dios y por lo tanto incapaz de agradarle, de tal manera que el fruto de su vida no puede ser otro que la muerte⁷.

En los textos en los cuales encontramos el uso específicamente paulino de la palabra σάρξ constatamos que esta noción se presenta siempre en contraposición con aquella de πνεῦμα (*pneúma*)⁸. Esto nos lleva a considerar que no se puede entender uno de estos términos prescindiendo del otro. De hecho, siempre que Pablo habla de «la carne, entendida como realidad de perdición que contribuye a caracterizar esencialmente el ámbito en el cual vive el hombre antes de Cristo y privado de él, concluye afirmando que ésta ha sido destituida de su poder mediante la obra salvífica»⁹ de Cristo por la cual viene ofrecida al hombre la posibilidad de ingresar en un

⁵ Cf. KUSS, Otto. La carne. In: _____. *La lettera ai Romani*. Brescia: Morcelliana, 1968. p. 84-91.

⁶ KUSS, O. op. cit. p. 92.

⁷ Cf. Rm 7,14; 8,8; 6,21.23.

⁸ El término «*pneuma*» presenta en la literatura paulina una diversidad de significados. Si bien designa primaria y fundamentalmente el Espíritu Divino, en muchas citaciones lo encontramos referido al hombre natural o a una parte constitutiva de él o también a sus sentimientos. Cf. KUSS, O., op. cit., p. 118-121.

⁹ KUSS, O. op. cit., p. 93.

nuevo estado, donde sus relaciones ya no están signadas por su realidad carnal sino por el Espíritu que le ha sido donado. El «hombre espiritual» es aquél que, acogiendo en su vida esta posibilidad de una nueva existencia, manifiesta en todos sus actos esta novedad¹⁰. Así, encontrándose todavía «en la carne», o sea viviendo aún en su existencia terrena y corpórea, no conduce su vida «según la carne», es decir, no está abandonado a aquella potencia hostil a Dios, sino que vive «en el espíritu»¹¹.

En esta misma línea de ideas debemos situar las expresiones «hombre natural» y «hombre espiritual». En ellas la intención principal de Pablo es mostrar la imposibilidad de que se dé una existencia neutral: no tener el «espíritu de Dios» significa estar determinados por el «espíritu del mundo»¹². El «hombre espiritual» es aquél que gracias al espíritu conoce el actuar de Dios, mientras que el «hombre natural» permanece ciego e incapaz de reconocerlo¹³.

2 EL BAUTISMO COMO PARTICIPACIÓN A TODAS LAS DIMENSIONES DEL «EVENTO CRISTO»

Como consecuencia lógica de cuanto hasta aquí hemos dicho surge espontánea la pregunta: ¿Cómo es posible que en el hombre se pueda dar este paso, que Pablo llama, del «hombre viejo» al «hombre nuevo»?

He aquí el centro de toda la predicación de Pablo y de la Iglesia desde los orígenes hasta nuestros días: El Padre, en Cristo ha abierto para el hombre la posibilidad de acceso a una novedad de vida, a través de la Iglesia, mediante el bautismo, por obra del Espíritu Santo.

En el bautismo el creyente viene injertado en la muerte y resurrección de Cristo. El misterio pascual de Cristo se hace presente, de manera sacramental, de modo tal que, el «hombre viejo» viene «con-crucificado»

¹⁰ Cf. Rm 8,9.

¹¹ Cf. KUSS, O. op. cit., p. 92. Cf. 2Cor 10,3; Rm 7,5-6.

¹² Cf. Rm 8,9-10.

¹³ Cf. SCHWEIZER, Edward. Pneuma, pneumatikov. In: *Grande Lessico dell Nuovo Testamento*. t. X, col. 1059.

y «con-sepultado» con Cristo, destruyendo el cuerpo de pecado y determinando el fin de la sumisión al imperio del pecado. Resurge, así, un «hombre nuevo», «co-resucitado» con Cristo, capaz de caminar en novedad de vida y de dar frutos de vida eterna¹⁴.

Un hombre que vive «con Cristo». Así lo presenta Pablo en tantas oportunidades a lo largo de sus epístolas. Detengámonos un momento en esta expresión que nos abre un amplio horizonte para nuestra reflexión. Las diversas citas en las cuales encontramos esta fórmula que indica la unión con Cristo pueden reunirse en tres grupos¹⁵: a) Con referencia explícita al bautismo; b) en el campo ético; c) de tipo escatológico. Cada uno de los cuales presentan realidades, que si bien distintas, forman una unidad de pensamiento tal que no pueden ser concebida una sin las otras¹⁶. Es más, según los diversos grados, ellas están finalizadas a designar una única realidad: «quien está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor 5,17).

En primer lugar, encontramos esta expresión en relación a la participación de los creyentes al misterio pascual de Cristo en forma sacramental en el bautismo. Realidad a la cual ya nos hemos referido poco antes; en la cual vemos la dimensión de pasado que se actualiza constantemente y en forma eficaz a lo largo de toda la vida del cristiano. Esta actualización se cristaliza luego en la vida ética de aquel que vive «con Cristo», de forma tal que todos sus actos estarán informados por su realidad de bautizado. Así esta dimensión de presente se proyecta en el futuro, ya que sólo quien ha vivido «con Cristo» en esta vida podrá vivir con él después de la muerte. La unión con Cristo es una realidad escondida en la vida presente, destinada a manifestarse en todo su esplendor al momento de la parusía. Por último, la participación al destino salvífico de Cristo, fruto

¹⁴ Cf. Rm 6,1-11.

¹⁵ Cf. KUSS, O. Con Cristo, nota 16. op. cit. p. 409-410.

¹⁶ Es necesario tener presente que en ciertos fragmentos del epistolario paulino, pasado, presente y futuro son como vasos comunicantes, y que por lo tanto es imposible hablar de uno sin tener presente también los otros.

del bautismo, nos abre a la esperanza de que como Dios ha resucitado a Jesús así también nos resucitará a nosotros en el último día, resultando evidente la conexión entre el pasado (nuestro bautismo) y el futuro (la posibilidad de la vida eterna). Esta dinámica de pasado-presente-futuro se presenta como una característica intrínseca a la naturaleza del tránsito del ámbito del pecado al ámbito de la gracia, poniendo en evidencia como este pasaje es una realidad que implica la persona en todas sus dimensiones¹⁷. Así mismo, señala la idea de progresividad que se verifica en la vida concreta del hombre, no se puede concebir la permanencia en la esfera del pecado o de la gracia como una situación de estabilidad. Quien está bajo el dominio de la carne producirá, consecuente y progresivamente, frutos de pecado y su fin será la muerte; quien vive en la gracia, bajo la influencia del espíritu, será llevado por éste a progresar en las obras propias del hombre nuevo y como recompensa recibirá la vida eterna.

EL PASAJE DEL «HOMBRE VIEJO» AL «HOMBRE NUEVO»

1. LLEGAR AL «CONOCIMIENTO» DEL MISTERIO RECIBIDO EN EL BAUTISMO. APREHENDER CUANTO HA SIDO PROCLAMADO Y EXPLICADO EN EL ANUNCIO DEL EVANGELIO

El primer paso de este proceso¹⁸ consiste en el tomar conocimiento de aquello que hemos recibido en el bautismo. En el momento en que se llega al conocimiento, a la conciencia, de las realidades en las cuales se ha sido injertado en el bautismo, la vida nueva, en el recibida, puede comenzar a producir sus frutos.

Pablo en sus cartas utiliza el verbo «γινώσκω» (*ginōsko*) y sus derivados según dos líneas principales de significado. La primera indica el anuncio

¹⁷ Cf. KUSS, O. Con Cristo, nota 16. op. cit. p. 416.

¹⁸ La distinción de los diversos momentos que indicaremos en este proceso de transformación del creyente, ciertamente no se deben considerar como distinguibles cronológicamente, como si fueran etapas sucesivas en el tiempo, más bien responde a una necesidad de tipo lógico en función de una mejor exposición y a profundización de cada realidad.

y la predicación por él realizada¹⁹, como también sus ideas teológicas propias²⁰. La intención fundamental de este verbo es la de traer a la memoria de sus lectores los principios por él enseñados. Este primer significado es el fundamento del segundo que se presenta como el significado último y definitivo, y que pone de manifiesto cual es la finalidad de todo «conocimiento»: reconocer la absoluta soberanía de Dios y de su voluntad de gracia. En este sentido la «gnosis» consiste en el humilde y devoto reconocimiento de la voluntad divina que ha sido revelada en Cristo. Este conocimiento no indica la adquisición teórica o la constatación objetiva de un dato de hecho, si no más bien es una forma de conocimiento que está en función de sus actualizaciones ético-prácticas²¹. Aún más, este conocimiento no tiene por objeto únicamente una serie de proposiciones que se deben creer, sino que consiste primariamente en el encuentro con una «persona», que se revela donándose y así manifiesta la voluntad de Dios.

El conocimiento de la voluntad de Dios establece una relación de comunión entre Dios y el creyente que encuentra su modelo y su realización perfecta en la relación que Jesús establece con su Padre durante su vida terrena²². La cual es una prolongación en la historia, del diálogo de amor, que desde la eternidad unía al Padre y al Hijo en el seno de la Trinidad.

Para Pablo la posibilidad de llegar al conocimiento de tal Misterio es lo que constituye esencialmente un hombre en cristiano²³. Es, justamente, esta posibilidad la que determina la novedad del cristianismo. Aquello que para la filosofía helenista se presentaba simplemente como un absurdo y que mediante la Ley de Moisés había sido imposible de realizar, ahora en Cristo Jesús se presenta como una realidad abierta a todos aquellos que por la fe creerán en él. En efecto, la Ley, aun siendo una manifestación de

¹⁹ Cf. 1 Cor 3,16; 6,2.3.9.15.19.

²⁰ Cf. Rm 6,16; 1 Cor 6,16.

²¹ Cf. BULTMANN, R. γινώσκω. In: *Grande Lessico dell Nuovo Testamento*. t. II, col., 501-520.

²² Cf. Mt 11,27; Jn 1,18; 3,11.35; 6,46; 10,15.

²³ Este misterio ha sido dado a conocer en Jesucristo para que los hombres lleguen por la fe al pleno conocimiento del plan salvífico de Dios. Cf. Rm 16,25; Ef 3,9; Col 1,27.2,3.

la voluntad de Dios para su pueblo, no alcanzaba para éste la justificación, en realidad no hacía más que convencerlo de pecado²⁴, haciendo, así, más profunda la distancia entre el hombre y su Creador; por otra parte, las filosofías no podían ir más allá de la afirmación de la absoluta trascendencia de Dios y consecuentemente, de la radical incapacidad del hombre de conocer este Misterio²⁵.

En Cristo, en cambio, hemos recibido la redención y con ella el perdón y la justificación, y de este modo, el acceso al Misterio de Dios, ya que él no sólo es la manifestación de la voluntad de Dios sino también el pleno cumplimiento de la misma²⁶. Así a todos aquéllos que están en Cristo Jesús les es concedido tanto el conocimiento de esta voluntad como la posibilidad de realizarla en sus vidas.

2. RENOVARSE EN EL ESPÍRITU DE LA MENTE. CONVERTIRSE DE LA SABIDURÍA DEL MUNDO A LA SABIDURÍA DE DIOS

Jesucristo inicia su predicación anunciando el Reino de Dios, llamando a los hombres a la conversión y a la fe²⁷. El mismo anuncio, que había ya resonado en labios de Juan el bautista, el precursor²⁸, y que aún antes encontramos en el mensaje de tantos profetas del Antiguo Testamento²⁹, es el núcleo fundamental de la predicación apostólica. De hecho, constatamos que cada uno de los discursos kerygmáticos que nos narra el libro de los Hechos concluye con un llamado a la conversión³⁰. Este dilatarse del llamado a la conversión como elemento constante del anuncio de la obra salvadora de Dios, nos pone de manifiesto la importancia y la centralidad de esta exigencia en vistas a la renovación de la vida que una relación con Dios supone.

²⁴ Cf. Rm 2,17; 3,20; Gal 3,19-22.

²⁵ Cf. At 17,22-32.

²⁶ Cf. Gal 2,16; Rm 3,21-25.

²⁷ Cf. Mc 1,15; Mt 4,17.

²⁸ Cf. Mt 3,2; Mc 1,4; Lc 3,8.

²⁹ Cf. Zc 1,3; Ez 18,21.

³⁰ Cf. At 2,38; 3,19;26; 5,31;10,43;13,38.

El término griego «μετάνοια» (metánoia), traducido con la palabra «conversión», expresa un cambio de mentalidad, por la cual el hombre se vuelve hacia Dios e inicia una vida nueva. La conversión es una condición necesaria para recibir la salvación que trae el Reino de los Cielos. Vemos así, cómo para que el «conocimiento», del cual apenas hemos hablado, sea una realidad determinante en la vida del creyente es necesario que se dé en él este «cambio de mentalidad»³¹.

San Pablo insiste sobre esta necesidad, como se puede constatar en su carta a los Corintios donde habla de la contraposición entre la sabiduría del mundo y la sabiduría de Dios³².

Los Corintios, aun habiendo recibido por la predicación y por el bautismo la gracia de Cristo³³ se encuentran en una situación de división y de discordia que hace necesario la intervención del Apóstol a fin de restablecer la comunión³⁴. En su carta, Pablo, evidencia cual es la raíz del problema en la comunidad de Corinto: ellos todavía son «carneles», viven a lo humano, razonan según la sabiduría de este mundo³⁵. Consecuentemente, les exhorta a cambiar de mentalidad, a convertirse, a volver a aquella sabiduría que él ha predicado, a la sabiduría de la cruz, la única que puede llevar al conocimiento del Misterio de Dios³⁶. Sabiduría que es propia del «hombre espiritual», de aquel que ha sido reengendrado en el Espíritu de Cristo, ya que sólo el Espíritu de Dios es capaz de revelar las profundidades de Dios³⁷.

Pablo utiliza el término «sabiduría» en dos sentidos distintos y contrapuestos: La sabiduría cristiana y la sabiduría de este mundo. Esta

³¹ Es necesario insistir una vez más, que «conocimiento» y «cambio de mentalidad» son dos momentos de una única realidad, los cuales se implican recíprocamente y se dan simultáneamente.

³² Cf. 1 Cor 1,17-3,23. No nos detendremos en un análisis exegético detallado sino más bien en una presentación global de la problemática de la comunidad de los Corintios presente en este pasaje.

³³ Cf. 1 Cor 1,7-8.15-17.

³⁴ Cf. ROSSANO, Pedro. *Lettere ai Corinzi*. In: _____. *Le lettere di San Paolo*. San Paolo Edizione. 2008. p. 94-95.

³⁵ Cf. 1 Cor 3,1-4.

³⁶ Cf. 1 Cor 3,18.

³⁷ Cf. 1 Cor 2,10.

última, justamente por ser de este mundo³⁸, se presenta como el intento de la criatura de garantizar su posición frente al Creador; surge y se distingue por una rebelión contra Dios. Podría describirse como el hábil ordenamiento de argumentos humanos en vistas de los cuales se valora la predicación cristiana y que lleva al resultado de considerar la «cruz de Cristo», centro de la predicación de Pablo, como una necedad. En definitiva, la sabiduría de este mundo es el signo de una sabiduría egoísta y de una concepción antropocéntrica en la cual el hombre se ocupa de sus propios intereses; tal condición, le hace imposible comprender la verdad divina que se manifiesta en Cristo crucificado³⁹.

La sabiduría cristiana, diametralmente opuesta a aquella del mundo y a la cual es necesario convertirse, es definida por Pablo como una sabiduría misteriosa, escondida, desconocida por los príncipes de este mundo, mas destinada por Dios para la gloria de los cristianos⁴⁰, a los cuales es revelada por medio del Espíritu.

En el uso paulino de este término encontramos una distinción entre dos significados posibles. Por una parte, él entiende el sabio plan de Dios en función de redimir el mundo a través de un Mesías crucificado y por otra lo usa para indicar la substancia en sí de la salvación misma. Teniendo presente esta distinción surge, luego, con claridad el porqué de la necesidad de un cambio de mentalidad, de una conversión, de un abandonar la sabiduría de este mundo, para poder aferrar la salvación que Dios ha predeterminado en sus designios y que ha ya realizado en Cristo.

³⁸ La expresión «τοῦ αἰῶνος τοῦ ἐνεστώτος» (tou aionos enestos; Gal 1,4) y «τοῦ αἰῶνος τούτου» (tou aionos toutou; 1 Cor 1,20; 2,6.8; 3,18) en Pablo indica el mundo presente en oposición al mundo futuro, mesiánico (Rm 8,18; Ef 1,21); de tal manera que coincide con el reino de Satanás, «dios de este mundo» (2 Cor 4,4; Ef 2,2).

³⁹ Es importante aclarar que Pablo en todo este pasaje no condena la auténtica sabiduría humana don de Dios y capaz de conocer a Dios, ni el conocimiento humano de las ciencias positivas, sino sólo aquella sabiduría orgullosa, llena de presunción que lleva a considerar las verdades teológicas y éticas del cristianismo únicamente sobre la base de normas humanas. Cf. BARRET, Charles. K. *La prima lettera ai Corinti*, Bologna: EDB, 1979. p. 91.100.

⁴⁰ Cf. 1 Cor 2,7.

3. DESVESTIRSE DEL «HOMBRE VIEJO» Y VESTIRSE DEL «HOMBRE NUEVO»

Llegamos así al momento culminante y central de la teología paulina, del pasaje del hombre viejo al hombre nuevo, donde Pablo expone el carácter esencial de la vida cristiana.

Todo cuanto hasta aquí hemos expuesto respecto al tránsito, que se debe verificar en el cristiano, del ámbito del pecado al ámbito de la gracia, que por razones metodológicas fue presentado en manera fragmentada y detallada, encuentra en el pasaje de Efesios 4,22-24 una presentación armónica y articulada que nos permitirá llegar a una síntesis⁴¹ sobre la doctrina paulina de la novedad de vida en Cristo.

“Despojaos, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, renovad el espíritu de vuestra mente y revestíos del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4,22-24).

Este fragmento de Efesios pertenece a la parte parenética de la epístola⁴² y debe ser encuadrado en el contexto próximo, que dentro de esta sección, inicia en el versículo 4,17 y se extiende hasta el 5,20; párrafo que está centrado sobre el tema de la vida nueva en Jesucristo. Nueva vida que se basa sobre la verdad de Jesús, que se funda en su resurrección y a la cual los creyentes son iniciados por el bautismo. En este cuadro de ideas, nuestro pasaje de Ef 4,22-24 se presenta como una llamada a desarrollar este cambio iniciado en el bautismo, dejándose penetrar por la verdad de Cristo hasta que ella llegue a ser el principio interior que mueva el pensar y el actuar del cristiano.

Con las imágenes del «desvestirse» y del posterior «vestirse», Pablo pone a sus lectores ante la exigencia del verdadero Cristo y de la verdad

⁴¹ Esta síntesis que nos ofrece este fragmento de la carta a los Efesios, coincide con la intención de este artículo, que también se propone hacer un extracto o compendio de la doctrina paulina. Que se trate de una síntesis, es ulteriormente confirmado por el hecho que esta carta es más una circular que una carta dirigida exclusivamente a la comunidad de Éfeso. Cf. Introducción a las epístolas de San Pablo. In: *Biblia de Jerusalén*; PERETTO, E. Lettera agli Efesini, In: *Le lettere di San Paolo*. Milano: San Paolo Edizione. 2008. p. 444-445.

⁴² Ef 4,1-6,20.

de Jesucristo, que resulta del evangelio escuchado y explicado. Del cual han tomado conciencia llegando al conocimiento del Misterio recibido en el bautismo⁴³, a través de un cambio de mentalidad, de una conversión de la sabiduría de este mundo a la sabiduría de Dios⁴⁴. Tal exigencia consiste en que los cristianos, ex-gentiles, no deben nunca más volver a su antigua conducta, sino que deben abandonar el hombre que eran y en el cual estaban. Ahora por el bautismo ya no son ese hombre viejo ni están en él⁴⁵. La presentación de esta exigencia, de permanecer en el ámbito de la gracia de Cristo y de no recaer en los vicios de la conducta pasada, no se reduce en primer lugar a pretender simplemente que sea abandonada tal o cual «obra de la carne», sino que sea abandonado todo el «hombre viejo»⁴⁶.

Mas Jesucristo no se limita a pretender que se abandone la antigua conducta, este desvestirse del hombre viejo no es un proceso con fin en sí mismo, sino más bien un primer paso hacia lo que es verdaderamente necesario y requerido por Cristo, es decir, que se comience una «nueva» conducta: un «vestirse» del hombre nuevo. Este «revestirse del hombre nuevo» no indica simplemente un proceso moral, sino un proceso ontológico, un vivir en una nueva forma de ser⁴⁷. A este punto de la reflexión surgen espontáneas algunas preguntas: ¿No dice Pablo a los Colosenses: «despojados del hombre viejo con sus obras, os habéis revestido del hombre nuevo» (Col 3,9-10)? Y ¿no leemos en Romanos 6,6 «que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo»? Entonces, si los verbos en pretérito de estas citas expresan una realización absoluta y definitiva ¿en qué sentido hay que entender los aoristos de «despojarse» y «revestirse» de Ef 4,22-24? ¿No es acaso una realidad que ya se ha verificado en el bautismo?⁴⁸

⁴³ Ef 4,20-21: «Pero no es así como vosotros habéis aprendido a Cristo, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús».

⁴⁴ Ef 4,23: «renovad el espíritu de vuestra mente».

⁴⁵ SCHILLER, H., *La lettera agli Efesini*. Brescia: Paideia, 1973. p. 345.

⁴⁶ *Ibid.* p. 343.

⁴⁷ *Ibid.* p. 346.

⁴⁸ *Ibid.* p. 343-344.

La respuesta no es difícil y es de vital importancia para comprender en su justo significado esta doctrina paulina del renovarse del cristiano según la imagen de su Creador. Para llegar a esta respuesta vuelve a ser necesario considerar aquella noción fundamental del pensamiento de Pablo que mencionábamos al hablar del bautismo como participación de todas las dimensiones del «evento Cristo»: la gradualidad, como una dimensión intrínseca del proceso de renovación, que caracteriza la vida y la persona del hombre nuevo. En la teología bautismal de los Padres de la Iglesia encontramos una idea que sintetiza de manera muy iluminante este concepto de gradualidad: «Llega a ser aquello que ya eres»⁴⁹. Con ella se entiende mostrar cómo, más allá del acto mismo del bautismo, el pasaje del hombre viejo al hombre nuevo, incluye también una continuidad, es decir, un proceso, que encuentra su inicio en el bautismo pero que debe prolongarse a lo largo de toda la vida de la persona.

En resumen, podríamos decir: a) en el cuerpo crucificado de Cristo, que ha reconciliado en sí los hombres con Dios, ha sido constituido el «hombre nuevo», el cual ahora es accesible a todo hombre, que puede llegar a ser también él un «hombre nuevo»; b) en el bautismo el hombre es acogido en este «hombre nuevo», en Cristo; realizándose en él, en modo concreto, esta posibilidad de vida nueva. c) ahora, en su existencia debe hacerse visible lo que significa ser en Cristo un «hombre nuevo».

Este último momento del proceso pone de manifiesto cómo el hombre renovado en el bautismo está constantemente en tensión para traducir en experiencia de vida la renovación que ha recibido instantánea y absolutamente en el bautismo. Ciertamente que las obras de la carne han sido depuestas en el bautismo, pero ellas pueden presentarse nuevamente, ya que resta actuante en el hombre la concupiscencia, consecuentemente es necesario rechazar continuamente estas obras del hombre viejo crucificando

⁴⁹ Este axioma pindárico (Píndaro, *Píticas*, II, 72), si bien no es retomado literalmente, es una idea constante de la tradición litúrgica y doctrinal.

en nuestra carne las pasiones de este mundo⁵⁰. El bautizado debe tomar en serio su estado de muerte al pecado y de vida para Dios en Cristo Jesús, haciendo efectiva la muerte que ya ha sufrido con Cristo, continuando a destruir aquello que está en contraste con ella, en definitiva, viviendo una muerte incesante, que lo une a los sufrimientos de Cristo y así produce al mismo tiempo su unión a la gloria de Cristo⁵¹.

De cuanto hasta aquí hemos dicho surge claramente que Pablo presupone, que la separación de la vida cristiana del paganismo no se da de una vez para siempre, sino que requiere una lucha constante aún en aquéllos que por el bautismo han sido ya injertados en Cristo⁵².

DOS NOCIONES CLAVES PARA COMPRENDER EL PASAJE DEL «HOMBRE VIEJO» AL «HOMBRE NUEVO»

1. EL ROL DEL ESPÍRITU SANTO. AGENTE PRINCIPAL EN LA TRANSFORMACIÓN DEL CRISTIANO

El rol del Espíritu Santo se sitúa, justamente, en el ámbito de esta necesidad constante, que hemos apenas mencionado, de actualizar en la vida concreta cuanto en el bautismo nos ha sido dado como germen.

También hemos dicho que la vida nueva del cristiano es una vida «en Cristo», que se funda en el señorío de Jesucristo sobre todas las dimensiones constitutivas de nuestro ser. Ahora hemos de comprender que el señorío de Cristo se realiza concretamente en el Espíritu, que el Espíritu es el que hace presente a Jesucristo⁵³. Consecuentemente, «estar en el Espíritu» es sinónimo de «estar en Cristo» ya que ambas expresiones designan la existencia del creyente⁵⁴. Si éste vive en la esfera de la influencia de Cristo, vive también en aquella del Espíritu, que le revela a Cristo y le concede su salvación⁵⁵.

⁵⁰ Idem. op. cit. p. 344-345; Cf. Gal 5,16.24; Rm 8,12ss; Col 3,1ss

⁵¹ Cf. KUSS, O. op cit., p. 415.

⁵² Cf. SCHILIER, H., op. cit. p. 332.

⁵³ Cf. EICHHOLZ, George. *El evangelio de Pablo: esbozo de la teología paulina*. Sigueme, 1977. p. 379-381.

⁵⁴ Cf. Rm 8,10-11

⁵⁵ SCHWEIZER, Edward. op. cit. col., 1031.

El Espíritu es el gran impulsor de la vida del cristiano, es quien llama al cristiano y le capacita para realizar en su vida el pasaje del hombre de la carne al hombre del Espíritu, es la fuerza que viene de Dios y sostiene aquél que es llamado en el combate contra las potencias del mal⁵⁶.

Cada momento del proceso que implica el paso del hombre viejo al hombre nuevo está profundamente marcado por la acción del Espíritu Santo. Nadie puede llegar al conocimiento de Jesús como el Señor⁵⁷ y del misterio de salvación en él realizado sin el testimonio interior del Espíritu, que recibe en su propio espíritu⁵⁸. Fuera del Espíritu de Dios el hombre permanece en la ignorancia de Dios y de su sabio diseño para el mundo, es imposible para él una conversión de la sabiduría de este mundo a la sabiduría de Dios. En definitiva, sin esta fuerza constante que sostiene y renueva toda la persona humana, un cambio tan radical del pensamiento y del comportamiento es impensable solo con las fuerzas naturales del hombre⁵⁹.

Sin embargo, la consideración de este rol fundamental del Espíritu no nos debe inducir a pensar que en este proceso de renovación el hombre aparezca como un mero sujeto pasivo, o como el simple receptor de esta acción del Espíritu Santo⁶⁰. En este proceso, que lleva a la plenitud de la vida nueva en Cristo, es necesario distinguir dos elementos decisivos: el don del Espíritu Santo, que viene de Dios y el acto de fe, que debe hacer el hombre⁶¹.

Para Pablo la fe ha de entenderse como la aceptación del mensaje evangélico y la adhesión personal a Cristo, realidades que comportan un aspecto de sumisión y de obediencia a Dios. En este sentido la fe, aun siendo don de Dios, requiere una respuesta de parte del hombre para

⁵⁶ Cf. EICHHOLZ, George. 1977. p. 382. Respecto al combate espiritual, ver Ef 6,10ss; Rm 13,11ss.

⁵⁷ Cf. 1 Cor 12,3

⁵⁸ Cf. Rm 8,16

⁵⁹ LUBOMIRSKI, M. *Il ruolo dello Spirito Santo nel passaggio dall'uomo vecchio all'uomo nuovo secondo San Pablo*, Roma, 1988, p. 103.

⁶⁰ Si esta afirmación fuese verdadera, el Espíritu Santo sería considerado solamente como una fuerza milagrosa suplementaria que actúa sobre el hombre de una forma únicamente extrínseca y no como Pablo nos lo presenta, es decir, como una realidad interna al creyente que funda toda su existencia. Cf. SCHWEIZER, Edward. op. cit. col. 1027.

⁶¹ Cf. CONGAR, Yves. *Credo nello Spirito Santo*. Queriniana, 1982. p. 202.

mantenerse sólida⁶². Estos dos elementos, sin embargo, no deben ser comprendidos como realidades netamente diferenciables entre sí, ya que ambas se presentan en una interacción tal que no son concebibles una sin la otra. A tal punto esto es cierto que, en la teología paulina, el Espíritu es presentado, como fuerza que crea la fe y como norma según la cual se vive la fe. Pablo, cuando quiere subrayar que el Espíritu es totalmente don de Dios y no una capacidad humana, lo entiende como fuerza; en cambio, cuando quiere poner de manifiesto que es una fuerza que llama a la fe y no una substancia que diviniza automáticamente, entonces lo presenta como la norma a la cual el creyente es llamado a conformarse en su conducta. De aquí se concluye que «vivir en el Espíritu» significa, en sentido negativo, renunciar a la carne, en sentido positivo, en cambio, estar abiertos a Dios y al prójimo⁶³.

2. DIMENSIÓN ECLESIAL DE LA VIDA NUEVA EN CRISTO

En las páginas precedentes hemos intentado presentar en qué consiste y cómo se realiza la transformación del bautizado en nueva criatura. Por último, debemos afrontar el carácter comunitario implícito en esta transformación del creyente en un «hombre nuevo».

La relación del cristiano con Cristo, que es el fundamento de este cambio, si bien es personal e individual no puede realizarse nunca en modo individualista. Sería una vana ilusión pretender una relación íntima con Cristo prescindiendo de una relación verdadera con el resto de los cristianos⁶⁴.

Sólo tomando seriamente en consideración esta afirmación, la Iglesia puede aparecer ante nosotros en su carácter de «lugar» donde el hombre puede crecer en el Espíritu de Cristo hasta llegar a la estatura adulta de la fe.

⁶² Cf. 1 Tes 1,3; 5,8; Rm 1,5.

⁶³ SCHWEIZER, Edward. op. cit. col. 1033

⁶⁴ Cf. Ef 4,7-16. En particular el v.13, donde la alusión al «hombre perfecto» y a la «plena madurez de Cristo» no se refiere simplemente al solo cristiano sino que adquiere un sentido colectivo, designando al «Cristo total», cabeza y miembros del cuerpo eclesial.

Es en ella donde Cristo se hace presente hoy al hombre, donde el Espíritu Santo actúa a través de los sacramentos, posibilitando al creyente de llevar a término la obra que en él se ha iniciado en el bautismo.

Por otra parte, sólo considerando la Iglesia en su misión de ser sacramento de Cristo «luz de las gentes» puede entenderse que el proceso de renovación que se verifica en la vida de los fieles no tiene como única finalidad la perfección personal sino también la renovación de la comunidad eclesial, y con ello la de la humanidad y del cosmos⁶⁵. Consecuentemente, la Iglesia como instrumento de salvación sólo podrá cumplir su misión en la medida en que todos sus miembros se abran a la posibilidad, a ellos donada, de llegar a ser «hombres nuevos». Y viceversa, el bautizado sólo podrá alcanzar la plenitud de la vida nueva a condición de que la comunidad cristiana se santifique, viviendo en función de la misión a ella confiada por el Señor.

Esta reciprocidad que se verifica entre cada creyente y la comunidad pone de manifiesto un elemento que es basilar para una justa comprensión de nuestro tema: la realización plena de la vida nueva en Cristo es el amor.

En la predicación de Pablo esta idea ocupa un sitio predominante⁶⁶. Toda exhortación que él dirige a sus lectores encuentra en las aplicaciones éticas su finalidad última. La fe puede considerarse una «fe viva» sólo si se concretiza en una actitud de amor hacia el prójimo⁶⁷.

Como corroboración de esto, es suficiente detenerse un momento en la consideración de las ideas más sobresalientes de la teología paulina de los carismas⁶⁸. Pablo presenta la Iglesia como el cuerpo de Cristo, mostrando a través de esta analogía (multiplicidad en la unidad) la correspondencia y la mutua relación de los carismas que en ella suscita el Espíritu Santo⁶⁹. Los diversos pasajes del epistolario paulino donde se habla de esta realidad, muestran con claridad como cada uno de los carismas, con que

⁶⁵ Cf. Rm 8,19-23.

⁶⁶ Cf. 1 Cor 12,31ss; 13,1ss.

⁶⁷ Cf. Gal 5,6.

⁶⁸ Cf. 1 Cor 12-14.

⁶⁹ Cf. 1 Cor 12,12-30.

Dios ha embellecido a su Iglesia, están finalizados al provecho común, a la edificación de la comunidad⁷⁰. Por último, Pablo subraya que de todos los carismas el más importante es el amor⁷¹. Es obvio, por tanto, que es el amor el don supremo del Espíritu, hacia donde convergen todos los carismas, el ápice de la obra del Espíritu en el creyente.

Esta rápida panorámica nos lleva a la conclusión que, como antes afirmábamos, el amor es la plenitud de la vida nueva del cristiano y el elemento constitutivo de la comunidad eclesial. Dios ha instituido su Iglesia para manifestar al mundo su amor, llamando a los cristianos a vivir en la unidad, a ser «uno» en Cristo y en el Padre para que el mundo crea que Jesús es el enviado de Dios⁷² y para que los hombres, viendo como los cristianos se aman, reconozcan en ellos a discípulos de Cristo⁷³. He aquí, en última instancia, la novedad de la vida en Cristo que sólo en su Iglesia y a través de su Espíritu se puede alcanzar.

CONCLUSIÓN

En el análisis que hasta aquí hemos presentado nos hemos abocado principalmente a exponer cual es el fundamento y en qué consiste concretamente el pasaje del «hombre viejo» al «hombre nuevo» según la visión que de él presenta San Pablo. De cuanto hemos dicho a lo largo de nuestro trabajo resulta claro que, para San Pablo, la única posibilidad de acceso a la novedad de vida en Cristo, que se realiza en la Iglesia, es el bautismo. Al mismo tiempo, hemos visto que para Pablo el bautismo, entendido como el momento en el cual se realiza la salvación, no se presenta nunca desligado de la fe, y ésta de la predicación. Más aún, estos dos momentos constituyen el preámbulo y a la vez la condición de posibilidad del bautismo. Esto nos lleva a considerar un elemento esencial de la vida de las comunidades de la

⁷⁰ Cf. 1 Cor 12,7; Rm 12,6s; Ef 4,7-13.

⁷¹ Cf. 1 Cor 13,1-10.

⁷² Cf. Jn 17,21.

⁷³ Cf. Jn 14,35.

Iglesia primitiva: la iniciación cristiana. De hecho, a lo largo de la literatura paulina aparece, si bien no explícitamente, que el bautismo era precedido de un tiempo de preparación, en el cual aquellos que querían abrazar la fe cristiana eran gestados por la Iglesia mediante la liturgia y la predicación. El pasaje del «hombre viejo» al «hombre nuevo», tiene su inicio en esta etapa que precede el bautismo. Tanto el conocimiento del misterio revelado en Cristo como la renovación del espíritu de la mente y aún el desvestirse del hombre viejo y el vestirse del hombre nuevo comienzan ya cuando un hombre acepta la predicación y se pone en el camino que lo llevará a una fe adulta. Será luego en el bautismo que esta realidad viene concretizada y sigilada sacramentalmente, continuándose el proceso de renovación que se debe verificar a lo largo de toda la vida del creyente. Consecuentemente, podríamos decir que la fe y la predicación no sólo preceden el bautismo, sino que lo acompañan y aún perduran más allá del acto mismo del bautismo.

Esta conclusión última del estudio sobre el pasaje del «hombre viejo» al «hombre nuevo» en San Pablo como categoría bíblico-teológica a través de la cual se expresa la novedad de la vida cristiana, aparece actualizada y claramente expuesta en el Catecismo de la Iglesia Católica: «Por su naturaleza misma, el Bautismo de niños exige un *catecumenado postbautismal*. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona» (CIC 1231). Ciertamente no es el momento de detenernos en un análisis pormenorizado pero no podemos dejar de evidenciar el alcance de tal afirmación: por su misma naturaleza el bautismo exige un desarrollo de la gracia recibida en el momento de la celebración del sacramento.

Estas breves consideraciones, nos ponen ante la necesidad urgente de una Nueva Evangelización del mundo y de la Iglesia. De un mundo que, hoy más que nunca, busca una respuesta a los interrogantes más profundos de su existencia y de una Iglesia donde tantos bautizados o han perdido las raíces de su fe o la viven de un modo tibio y sin convicción.

Este tema, no sólo está íntimamente relacionado con nuestro argumento, al cual, en cierto modo, resume y sintetiza, sino que a su vez nos abre un nuevo horizonte de posibilidades para la comprensión de la importancia de presentar esta novedad del cristianismo en el mundo actual.

Podemos así concluir haciendo nuestras las perennes palabras de San Pablo: «Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. [...] Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? [...] Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo» (Rm 10,9.14-15.17).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARRET, Charles. K. *La prima lettera ai Corinti*. Bologna: EDB, 1979.

BULTMANN, R. γινώσκω. In: *Grande Lessico dell Nuovo Testamento*. t. II, col.,461-528.

CONGAR, Yves. *Credo nello Spirito Santo*. Brescia: Queriniana, 1982.

EICHHOLZ, George. *El evangelio de Pablo: esbozo de la teología paulina*. Salamanca: Sigueme, 1977.

KUSS, Otto. *La lettera ai Romani*. Brescia: Morcelliana, 1968.

LUBOMIRSKI, M. *Il ruolo dello Spirito Santo nel passaggio dall'uomo vecchio all'uomo nuovo secondo San Paolo*. Roma, 1988.

PERETTO, E. Lettera agli Efesini. In: *Le lettere di San Paolo*. Milano: San Paolo Edizione. 1985.

ROSSANO, Pedro. Lettere ai Corinzi. In: *Le lettere di San Paolo*. Milano: San Paolo Edizione. 1985.

SCHILIER, H., *La lettera agli Efesini*. Brescia: Paideia, 1973.

SCHWEIZER, Edward. Pneuma, pneumatikov. In: *Grande Lessico dell Nuovo Testamento*. t. X col. 1023-1061.